

Goya Gutiérrez, *Lugares que amar*, Barcelona, in-Verso, 2022, 92 pp.

Autora de una novela publicada en 2019 con el título de *Seres circulares*, la pluma de la escritora aragonesa Goya Gutiérrez, nacida en la localidad zaragozana de Cabolafuente en 1954, se ha prodigado con preferencia en el cultivo de la creación poética, datando sus entregas primeras de mediados de la última década del pasado siglo, un lustro en el que las propuestas estéticas se diversificaron bastante respecto a las que se impondrían en los ochenta. Nada más comenzar el actual siglo, en 2001, iba a editar su más temprano conjunto lírico, *De mares y espumas*. A esta obra seguirían varias más con una mantenida regularidad que es resultado de una gestación fértil en materia poética que no se ha traducido en espaciarlas demasiado entre sí: en 2004 dio a conocer *La mirada y el viaje*, en 2006 *El cantar de los amantes*, en 2009 *Ánforas*, en 2011 *Hacia lo abierto*, en 2015 *Grietas de la luz*, y en 2018 *Y a pesar de la niebla*.

Con este sostenido ritmo creador, y obra a obra más exigente, se fue abriendo camino en el denso panorama de la poesía española la poesía de Goya Gutiérrez en las dos décadas del siglo XXI en las que las propuestas literarias aún se hicieron más abundantes, con la consiguiente dificultad para visibilizar la propia voz con singularidades propias reconocibles, objetivo que al comienzo de la década tercera ya es un hecho incontestable. En 2022 se estamparon dos nuevos libros de esta escritora desde hace años radicada en la ciudad costera barcelonesa de Castelldefels, donde desarrolla una actividad de difusión literaria muy meritoria al frente de una revista de poesía, *Alga*, que con el paso del tiempo ha ido ganando enteros y adeptos en el aprecio del lector a la par que va alcanzando una recepción cada vez más amplia, y por supuesto no limitada al ámbito español, sino al hispánico en general, y aún más allá de él.

Uno de los libros aludidos lleva por título *Pozo pródigo*, a través de cuyos poemas se advierte una búsqueda honda de conocimiento. Pero no vamos a ocuparnos de él en este momento, pues la titulación que motiva este comentario es *Lugares que amar*, en cuya contraportada se señala orientativamente que se trata de una obra que, a través de la palabra poética, se rinde homenaje a diversas artes, pero asimismo a la naturaleza y al carácter vulnerable de algunos de los seres que viven en el planeta tierra. El tributo a diversas creaciones artísticas se concentra en la sección inicial, integrada por catorce poemas que se agrupan bajo el lema de “La hermosa veta”, una veta que no es sino la del arte. Con sus veinte composiciones, más extensa resulta la segunda gavilla poemática, y que ha proporcionado el título del libro mismo.

Diversas películas de gran relevancia y que han tenido mucha significación para la autora, películas de diferentes épocas, países y autores (Ingmar Bergman, Ashleigh Mayfair, Ridley Scott, Pier Paolo Pasolini. Andrei Tarkovsky) inspiraron otros tantos textos de “La hermosa veta”, proponiéndonos un giro hacia la variedad cultural cinematográfica que difiere de la preferencia de los novísimos hacia la mitografía centrada en Hollywood. En esta sección del libro también se hallan varios poemas inspirados en el arte pictórico (un cuadro de Caspar David Friedrich y otro de Piero di

Cosimo), el escultórico (una creación de Chillida), el fotográfico, el poético y el teatral (el *Hamlet* William Shakespeare y *Yerma* de Federico García Lorca).

Merced a un lenguaje lírico muy logrado en el que de tanto en vez se capta una atmósfera onírica, Goya Gutiérrez se adentra en las claves de las creaciones artísticas que la inspiraron, y las poetiza exprimiendo el sentido que en ellas encuentra con relación a temas tan fundamentales como la muerte, plasmada desde varios ángulos, el ser o no ser de la existencia, el sacrificio, el exilio y la errancia, la esterilidad de la mujer y su frustración, el viento y el vacío, la pérdida y la indigencia, pero también los resplandores emanantes del cosmos y del arte, como en el poema sobre un lienzo que representa una naturaleza muerta. Por tanto, pertenece al subgénero del bodegón, una modalidad que tuvo gran predicamento en pasados siglos, en especial en el Siglo de Oro de la pintura y de la poesía.

Entre una y otra secciones figuran unos versos de Gertrud Kolmar alusivos a la armonía íntima del universo. En la segunda, "Lugares que amar", se pone énfasis en determinadas zonas del planeta que sufrieron o están sufriendo graves padecimientos debidos a la guerra (un poema versa y deplora las violaciones de mujeres en la de Bosnia, pero podría ser de aplicación simbólica al genocidio que ha conllevado la invasión de Ucrania) y a las catástrofes y alteraciones climáticas drásticas, con los consiguientes resultados perniciosos sobre todo en la fauna marítima (ballenas, por citar un supuesto) y su hábitat, o en la polar (los osos por ejemplo).

En estos poemas revela la dicente una gran sensibilidad empática hacia el entorno y la vida animal, pero también, es obvio, hacia los padecimientos globales acaecidos durante una pandemia que se cifró en millones de víctimas. Un denominador común en varios de los textos es la plasmación de un acusado sentido de la belleza, captada tanto en lo exterior como en lo recóndito, en lo positivo y en lo que no lo es, como haciéndose eco de una cita de Piedad Bonnett que figura al frente de uno de los textos, y que dice así: "No hay cicatriz, por brutal que parezca, que no encierre belleza". Pudiera incluso decirse que la escritora ha logrado por momentos en su libro que esa belleza captada doquier repercuta en todas las composiciones como si la reflejase.

José María Balcells Doménech